

LA GUERRA DE PORTUGAL
(1640-1668)

Enrique F. Sicilia Cardona



ÍNDICE

1. Proemio	13
2. Antecedentes históricos	17
3. La crisis portuguesa	31
Andalucía y armadas	41
4. Estudio del teatro de operaciones	49
Fronteras	49
<i>Corredores norteños o primer grupo</i>	52
<i>Corredores centrales o segundo grupo</i>	52
<i>Corredores meridionales o tercer grupo</i>	52
<i>Corredores atlánticos o cuarto grupo</i>	53
Clima	55
Líneas de comunicación y provisiones	56
Tipologías marciales	60
Inteligencia militar	63
Tamaños	66
Fortificaciones	69
<i>Elvas (Yelves)</i>	73
<i>Badajoz</i>	76

<i>Monção</i>	78
<i>Salvatierra de Miño-Aytona</i>	79
5. Ejércitos y armamentos	81
Monarquía Hispánica	81
Ordenanza de 1632	85
Modelo español	90
<i>Fuegos y picas</i>	96
<i>Escuadrones y compañías</i>	99
<i>Caballería</i>	103
<i>Artillería</i>	108
Ejército de Extremadura	112
<i>Liderazgo</i>	117
<i>Financiación</i>	119
<i>Soldados: la venda, la cruz y la nación</i>	120
Reino de Portugal	123
<i>Terços y companhias</i>	130
<i>Hombres y mandos</i>	134
<i>Caballos y mandos</i>	142
6. Fases de la guerra	146
Primera fase (1640-1648)	148
Extremadura	149
<i>Combate de Valverde, 1641</i>	152
Galicia y Castilla	156
Huelva	158
<i>Saqueos y ataques, 1642</i>	159
Huelva	165
<i>La depredación lusa, 1643</i>	167
<i>Batalla de Montijo, 1644</i>	171
Versiones españolas	178
Versiones portuguesas	201
Dictamen	211
<i>Otros encuentros de 1644</i>	215
<i>Combate de Alcaraviça, 1645</i>	219
<i>Batalla del fuerte de Telená, 1646</i>	224
Versiones portuguesas	232
Dictamen	241
<i>Hasta la paz de Münster, 1647-1648</i>	244

Combate de Aralaia da Terrinha, 1647	246
Asaltos a Alcántara y Olivenza, 1648	248
Segunda fase (1648-1659)	251
<i>Encuentros navales y corso</i>	251
<i>Hasta la conquista de Olivenza, 1657</i>	256
Combates fronterizos: Cabeço de Vide y Arronches	258
Asedios y defensas de plazas	261
<i>Batalla de Vila Nova de Cerveira, 1658</i>	267
Dictamen	271
<i>El gran asedio de Badajoz, 1658</i>	272
<i>Batalla de las líneas de Elvas, 1659</i>	280
Portugal, ¡al ataque!	287
Dictamen	292
<i>Monção, 1658-1659: el asedio más largo</i>	294
<i>Hacia el Tratado de los Pirineos, 1659</i>	296
Tercera fase (1659-1668)	299
<i>El bastardo real en Extremadura, 1661</i>	304
<i>Conquista de Juromenha, 1662</i>	308
<i>Caída de Évora, 1663</i>	316
<i>Batalla de Ameixial, 1663</i>	323
Combate del río Degebe	324
La ceja de Ameixial	328
Dictamen	349
<i>Batalla de Valdemula, 1663-64</i>	353
Dictamen	359
<i>Batalla de Castelo Rodrigo, 1664</i>	360
Pérdida de Valencia de Alcántara	360
El proyecto del duque de Osuna	364
El campo de Salgadela	368
Dictamen	371
<i>Batalla de Montes Claros, 1665</i>	379
Asalto a Vila Viçosa	383
El <i>pradão da batalha</i>	389
Versiones portuguesas y aliadas	406
Persecución portuguesa	413
Las cartas de Caracena	417
Dictamen	427
<i>1666-1667: años de cicuta</i>	429
Incursiones portuguesas	429

Combate de Campomaior, 1666	432
La inexpugnable Alburquerque, 1667	434
<i>El golpe final: la Guerra de la Devolución, 1667</i>	436
<i>El Tratado de Lisboa, 1668</i>	438
7. Corolario	441
8. Anexos	451
Biografías. Monarquía Hispánica	451
<i>Carlo Andrea Caracciolo</i>	451
<i>Diego Messía Felépez de Guzmán</i>	453
<i>Francisco Tutavila y del Rufo</i>	454
<i>Rodrigo Pimentel Ponce de León</i>	454
<i>Juan José de Austria</i>	455
<i>Luis de Benavides y Carrillo de Toledo</i>	456
<i>Ghislain de Brias</i>	458
<i>Gaspar Téllez-Girón y Sandoval</i>	459
Biografías. Reino de Portugal	460
<i>Matias de Albuquerque</i>	460
<i>Joane Mendes de Vasconcelos</i>	460
<i>António Luís de Meneses</i>	461
<i>Sancho Manuel de Vilhena</i>	461
<i>Frederick Herman von Schomberg</i>	462
<i>André de Albuquerque Ribafria</i>	463
<i>Dinis de Melo de Castro</i>	464
Capitanes generales de la Monarquía Hispánica	465
Governadores das Armas de Portugal	466
Tamaños de los ejércitos de la Monarquía Hispánica y de Portugal	468
Notas	470
Bibliografía	519

Proemio

Más de 7.000 cadáveres portugueses quedaron en la tierra alrededor de El-Ksar-el-Kebir, Alcácer Quibir¹ en transcripción portuguesa o, para nosotros, Alcazarquivir, durante la aciaga jornada militar del 4 de agosto de 1578. Entre aquellos muertos estaría el principal impulsor de aquella empresa, el joven rey D. Sebastião, que dejó sus ansias alejandrinas en ese decisivo encuentro marcial y abrió la sucesión a su trono. Le sucedió el cardenal D. Enrique, aunque murió a principios de 1580 dejando el trono a aquel de sus sobrinos —Felipe II o la duquesa de Bragança— que tuviera mejor derecho: «quem me ha de soceder, sera quem conforme a direito ouver de ser»². Como las Cortes de Almeirim, congregadas en mayo, no tomaron ninguna decisión al respecto, el rey Felipe II salió de Badajoz un 13 de junio de 1580 rumbo a la extensa dehesa de Cantillana, acompañado de la reina y su séquito, para pasar revista al ejército de intervención de Portugal que dirigía el excelente y prestigioso III duque de Alba. Una vez allí, y ordenado en batalla, «los trozos y escuadrones vinieron haciendo alarde por delante del Rey con sus cabos y capitanes a la cabeza escaramuzando gallardamente»³. Pocos dudaban, en aquel soleado día, que esa fuerza reunida volvería con el triunfo para su Señor escurialense.

Soberano de parte de Europa, deseaba adornar sus conquistas con la defensa de su legítima pretensión al trono portugués. Con cerca de 30.000 hombres, muchos de ellos veteranos de Flandes, entraron en Portugal después de vadear el río Caia a mediados de junio, y en solo tres días (18-19-20 de junio) tomaron respectivamente las plazas de Elvas, Campo Maior y Olivenza. Dos días después de aquellas gozosas jornadas, el llamado «Rayo de la Guerra», Sancho Dávila, asaltó y tomó, por un ardid nocturno, la fortaleza familiar de los duques de Bragança en la localidad portuguesa de Vila Viçosa o Villaviciosa, comenzando así la conquista de Portugal por el III duque de Alba que, dos meses después, contempló en lontananza las murallas de Lisboa para triunfar con su ejército en Alcántara, ante los enemigos comandados por Antonio, el prior de Crato. Fueron necesarios otros 85 años para que, precisamente en las cercanías de Villaviciosa, se firmara el verdadero epitafio militar de la presencia española en las tierras lusas, con su derrota campal en Montes Claros, un 17 de junio de 1665. La dinastía Bragança o Brigantina aupada en el «victorioso» y títere Alfonso VI, que fue rey desde 1656 a 1683, conseguía así su revancha frente a los Habsburgo españoles y aceleraba hacia la independencia de nuestro vecino peninsular, tres años después.

La campaña de 1580⁴, orquestada por Felipe II y sus legítimas pretensiones al trono portugués, fue un triunfo de la incontestable destreza hispana en armas, hombres y organización. Una vez saqueada la residencia real de Catalina, la duquesa de Bragança, pretendiente también al trono luso en aquellos años (junto a otros más omitidos como Alberto Ranuncio de Parma o Manuel Filiberto de Saboya⁵), al ser nieta del rey portugués Manuel I, las tropas invasoras se adentraron en el Alto Alentejo en dirección a Évora, antiguo *municipium* romano, y de allí directamente hacia la costa hasta detenerse en Setúbal. Su castillo sostuvo el 16 de julio de 1580 un duelo artillero entre las tropas partidarias del pretendiente Antonio y las hispanas de Alba. El destrozo de la campiña y los arrabales de la ciudad aconsejaron a los resistentes a entregar la fortaleza en solo dos días. No hubo el pillaje que deseaban los españoles y eso contravenía las leyes de la guerra moderna, pues Felipe deseaba una conquista pacífica de su futuro reino, algo a todas luces ya imposible con enemigos presentes y dispuestos a defender otra causa ajena al rey Prudente. La invasión prosiguió, en todo caso, y en Cascais,

sus tropas no pudieron ser detenidas y destrozaron aquella villa causando gran espanto entre los propios altos oficiales españoles presentes allí.

Esa operación combinada con las galeras del marqués de Santa Cruz despejó el camino para la futura toma de Lisboa. Los pasos previos en San Julián y Belem, a mediados de agosto, tuvieron en la batalla de Alcántara, 25 de agosto, su colofón sangriento. Unos 13.000 portugueses (7.500 realmente capacitados para combatir) no pudieron resistir la embestida hispánica y la matanza de portugueses llegó a unos 3.000 o más, según las fuentes, por apenas 100 españoles. En el seco lecho del riachuelo del hoy suburbio de Lisboa, las experimentadas tropas hispánicas quebraron las defensas enemigas y demostraron que eran una prueba excesiva para las apresuradas tropas portuguesas del prior de Crato y, claro está, la balanza de fuerzas se elevó ineludiblemente del lado español. Por tierra y por mar la Monarquía Hispánica dominó a sus enemigos y conquistó de manera definitiva en 1583 para el regio escurialense, un vasto imperio global con capital en Madrid y con una Lisboa vasalla y siempre algo refractaria al nuevo poder emanado desde los Austrias españoles. Se abría así para la Monarquía Hispánica una clara vocación atlántica desde el confinado Mediterráneo, el auténtico viraje del siglo⁶. Los acontecimientos históricos ratificarán esta Unión Ibérica (un deseo propiciado por los matrimonios mixtos anteriores entre las casas reales ibéricas) hasta la grave crisis de 1640 propiciada por la lucha conjunta contra la potente Francia y la rebelión catalana. Estas dos situaciones de lucha —externa e interna— serán los acicates para que los expectantes y esperados seguidores de la Casa de Bragança no desaprovechen la oportunidad de levantarse en armas y terminar doblando la mano primero del Rey Planeta y, más tarde, del niño rey Carlos II, último de la otrora y victoriosa Casa de Austria en España.

La percepción derrotista de este periodo, algo que las élites castellanas ya percibían en materia económica desde principios del siglo XVII⁷, se trasladaría a las décadas centrales con las primeras y sonoras derrotas de los tercios en la Guerra de los Treinta Años y terminarían asentándose con las debacles finales frente a los portugueses y sus aliados. La Monarquía Hispánica, defensora de la confesión católica, tuvo que sustentar a sus ejércitos en lucha constante a través del aumento de tributos, y, diseminados por medio mundo,

nunca pudieron concentrar todas sus fuerzas en un único teatro, periclitando sus opciones de victoria final. La Guerra de Portugal, con todo lo que ese reino arrastraba, comenzó en ese año crítico de 1640 y se prolongará con irregular sucesión hasta la firma del tratado de Lisboa de 1668. De su importancia histórica no me cabe duda, pues perdimos esa conexión peninsular que nos hacía estar, por aquellos siglos, con una presencia más significativa en Asia y África, junto a todas las demás posesiones mundiales. El orquestador Cánovas del Castillo reflexionó sobre aquellos acontecimientos y llegó a decir que «creó definitivamente la imposibilidad de nuestra unidad nacional»⁸. Lo sorprendente de ello es la limitada bibliografía o tratamiento dado a estos hechos del siglo XVII en nuestro país, salvo honrosas excepciones de índole socio-política, más acuciante aún esa despreocupación en su vertiente marcial desde hace muchas décadas. La derrota no suele tener tanta aceptación, ni recuerdos gratos en el vencido, pero es precisamente en ella donde mejor se puede analizar, reflejar y comparar el estatus y la grandeza perdida. Y la ristra de disimuladas derrotas finales en el campo de batalla requiere un análisis y enfoque más particular. Por lo tanto, veo fundamental esforzarme por tratar este periodo de nuestra historia, recuperarlo y enfocarlo, sobre todo, desde el punto de vista de la ciencia militar, muy del gusto del que escribe, aunque sin perder las inevitables referencias políticas y económicas de toda coyuntura braudeliana. Espero que mi estudio y ensayo personal sirvan para reforzar aquellas vicisitudes de combates y abran una nueva ventana hacia esos remarcables ejercicios de voluntades contrapuestas, disputadas en torno a la Raya fronteriza y que dinamitaron la paz en aquellos lares durante décadas generando, con su resultado final, consecuencias de gran resonancia histórica, además de la perennidad de un estado de guerra latente hasta principios del siglo XIX. Deseo subrayar que he querido generalizar con el término de *hispanicos* a los componentes más habituales y mezclados de los combatientes de la Monarquía Católica de los Austrias (una entidad política plurinacional) en los hechos marciales de esta Guerra de Portugal, dejando para aquellas otras ocasiones los términos de *españoles* o *castellanos* solo donde la gran mayoría de sus componetes eran, posiblemente, de esos orígenes geográficos y culturales o aparecían así en las fuentes consultadas.